

Humanismo y Renacimiento

En este año de 1997 se cumple el primer centenario de la muerte de Jacob Burckhardt. Burckhardt fue uno de los más representativos historiadores del siglo XIX. Su obra historiográfica es bastante amplia; sin embargo es poco lo que de ella se conoce. Generalmente, el problema historiográfico con el que más suele ser relacionado este historiador suizo, es con la imagen que a partir de él nos hemos forjado sobre el *Renacimiento Italiano*. En cierto modo todos aquéllos que de una forma u otra han tratado de despejar los complicados enigmas que encierra una época tan vasta como lo fue toda la que comprende el Renacimiento, no dejan de referirse a él ya sea con el fin de cuestionar los fundamentos de su paradigma o simplemente para tratar de llevarlo a otros planos. Pero no es que “La cultura del Renacimiento Italiano” se haya convertido en un texto-monumento que opera entre nosotros como si fuese una montaña escarpada. Más bien, lo que creemos ocurre, es que a este texto como a su autor se les trata como si fueran otro de los tantos muebles viejos de la historia. Es decir, como algo prescindible en relación con las inquietudes historiográficas y políticas de nuestro tiempo.

Efectivamente, Burckhardt nunca fue un hombre que se distinguiera por sus ideas políticas. Como muchos intelectuales de su época prefirió hacer del desencanto político un modo de vida más que un interés colectivo. Tal vez sea por esto que se le vea como un típico intelectual conservador decimonónico. Como alguien que ve en el pasado una pasión, un refugio que lo orilla a ignorar las tareas del presente. Pero debemos sospechar si esta elección de Burckhardt era la respuesta que encontró para



IZTAPALAPA 41

ENERO-JUNIO DE 1997

pp. 9-14

hacer frente a su propia intuición sobre el futuro; de un futuro en el que la fuerza faústica del industrialismo y del racionalismo moderno llegarían a ser los nuevos fundamentos de una cultura deshumanizada que no duda en emplear a la barbarie tecnológica como fuente de legitimación del poder estatal. Es ante esta causa material de las frecuentes crisis de la modernidad, que lo más admirable de Burckhardt sea que nunca quiso que el hombre moderno emulara al hombre del Renacimiento. En cierto sentido ésta es la más admirable enseñanza que hereda como científico y como historiador.

La serie de trabajos que aquí presentamos forman parte de la inquietud por tratar de aclarar mínimamente algunas de las múltiples cuestiones de la cultura del Renacimiento italiano. Necesariamente estos trabajos no pretenden seguir en modo alguno lo establecido por Burckhardt sobre esa cultura. Lo cual no quiere decir que no compartan ciertos aspectos de ese espíritu. Es decir, el deseo por escudriñar aunque sea un aspecto de una cultura y de un legado cultural que continúa lanzando interrogantes en diversos sentidos. Desde que se ignaугura el Renacimiento como un problema de interés historiográfico, esto es, cuando en 1860 el estudio de Burckhardt se publica por vez primera, esta cultura se convirtió en el objeto de un interesante debate historiográfico

que aún no ve su fin. Es al interior de este debate donde se han desarrollado un gran número de variables hermenéuticas, todas ellas elaboradas con el propósito de establecer tanto cuáles fueron sus coordenadas espacio temporales, como la influencia innegable que ha tenido en la configuración del mundo moderno y su destino.

Dentro del amplio abanico hermenéutico existente para la determinación de esta cultura, encontramos una visión de la problemática en donde se afirma que su comprensión pasa, necesariamente, por el deslinde entre el Humanismo y el Renacimiento. Sin duda alguna, las motivaciones del Humanismo florentino fueron globalmente de carácter histórico-político. Mientras que las del Renacimiento —tal y como en general es lo que se suele comprender por dicho fenómeno histórico-cultural—, éstas fueron más bien orientadas hacia las ciencias y las artes. Ver así a esta cultura implica, desde nuestro punto de vista, llevar las cosas a tal extremo que en el fondo a lo que se llega es a determinar al Humanismo y al Renacimiento como experiencias históricas ajenas; como si fuesen horizontes inconmensurables e irreductibles. Sin embargo, se presenta también una estrategia hermenéutica misma que señala al Humanismo como el factor vertebrante y condicionante de todo lo que fue y significó la revolución cultural del Renacimiento.

Por otro lado, esta discusión tendrá mucho qué decir de sí misma en el futuro. Sobre todo si se toma en cuenta lo que piensa un gran estudioso del Renacimiento como lo es Leonid M. Batkin, quien sostiene que esta cultura como problema histórico implica una tensión dramática para la modernidad. Pues al centrar nuestra atención en dicha cultura, lo que puede provocar es un cambio significativo y de ondas repercusiones en nuestros propios imaginarios de la modernidad. En particular este cambio se verifica con mayor agudeza en la nueva sensibilidad histórica que hoy se expresa como un movimiento liberador de los antiguos y anquilosados presupuestos historiográficos que hasta hace poco nos regían.

Son el conjunto de factores que tienden a favorecer al estudio y análisis de la cultura del Renacimiento (factores en donde los prejuicios sobre lo que fue tal cultura tienden a disminuir considerablemente), lo que permite comprender, desde otros parámetros, la confluencia y amalgamamiento de tantas fuerzas históricas. La persistencia de elementos provenientes del tradicionalismo cognitivo como lo fueron la magia, la astrología, la religión, el Kabbalismo, el hermetismo, etcétera, en cierto modo nunca fueron otra cosa más que formas de representación simbólica del mundo. De este modo, siempre ha sido una pretensión desmesurada valorarlas co-

mo parte de un pensamiento ingenuo e irracional. Lo que al parecer le cuesta trabajo comprender a la razón moderna es que históricamente han existido otros sistemas de racionalidad que no necesariamente tienen por qué ser compatibles con ella. Ciertamente, los humanistas primero y después los renacentistas, establecieron las bases epistemológicas de la ciencia moderna. Fueron ellos sus verdaderos precursores. Como fueron también hombres que sólo podían explicar y expresar su mundo en sus propios términos. Es decir, respondiendo a la herencia simbólica y mitográfica con la que mejor se identificaron. Si esto fue así, la cuestión que debemos replantear aquí es si Francesco Petrarca, Guccirdini, Erasmo, Tomas Moro, Giordano Bruno, Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Nicolás Maquiavelo, Marsilio Ficino, Galileo, Pico della Mirandola, al igual que tantas otras grandes individualidades de ese tiempo, merecen seguir siendo consideradas como los verdaderos impulsores del mundo moderno. Pues recordemos que ellos emplearon un lenguaje del cual la modernidad poco quiere saber. Pensemos en algunos ejemplos: ¿Cómo comprender a un Maquiavelo por fuera del uso que le dio al problema de la fortuna? De igual modo ¿qué respeto tendría hoy para nosotros Giordano Bruno al haber recurrido una y otra vez al saber hermético?

Al parecer, lo que ocurre es que, fácilmente, solemos olvidar que todos esos hombres no tenían como pretensión rivalizar ni con la teología ni con lo que sería con el tiempo el nuevo saber científico. Es por ello que lo que más desconcierta de todo ese saber, sea la admirable capacidad que mostró para manifestarse como un sincretismo en el que participan con igual derecho un marcado realismo con el más expresivo animismo. La peculiaridad de este sincretismo consistió en su no menos admirable pretensión de convertirse en el fundamento de una nueva metafísica como de un nuevo principio ontológico, que permitiera liberar al hombre de sus viejas ataduras cosmológicas. El hombre era así comprendido como un ser al que dominaban por igual fuerzas divinas, mágicas, naturales y astrales. Era, pues, el hombre, un ser lacerado por todos lados.

Las filosofías del Renacimiento se entienden, en términos generales, efectivamente, como producto de una mentalidad que nunca llega a romper cabalmente con toda la transmisión cognitiva tradicional, es decir, con el saber oculto. Pero para nosotros lo importante no es estigmatizar a esta filosofía a partir de esa supuesta incapacidad; sino ver cómo, valiéndose de ese saber, fue capaz de desarrollar una antropología filosófica que al colocar al hombre como el centro de ese cosmos, acelera el pro-

ceso de secularización de la historia y, simultáneamente, le otorga un nuevo sentido a todo aquello que Fernand Braudel entiende que es el largo *trend secular* de la historia. De este modo, tanto humanistas como renacentistas participan del mismo proceso de liberación moderna; del mismo que ha hecho del burgués un personaje de la historia al que por cierto, jamás se le escatiman sus tintes heurísticos en la comprensión del mundo moderno.

Ahora bien, independientemente de la estrategia que se emplee para la comprensión del Renacimiento se debe tomar siempre en cuenta lo que constituye aún una verdadera perplejidad histórica; misma que nunca deja de ser calificada como el verdadero milagro del Renacimiento italiano. Este "milagro" no fue otro más que la capacidad que mostró la ciudad de Florencia para albergar en su seno dos fuerzas incompatibles. Es decir, por un lado lo que Florencia demostró al mundo fue: la admirable habilidad que tuvo para generar un ethos socio-cultural que —apoyado en una pujante economía—, le permitió expresar toda su magnanimidad, todo su esplendor creativo; por el otro, esta ciudad no deja nunca de ser parte de una crisis permanente en la que causas exógenas como domésticas terminan por llevarla a la ruina junto con toda la península itálica. *Ethos* y *Kratos* definen, de este modo, a un universo crea-

tivo cuyos ecos no dejan de ser el objeto de una infatigable hermenéutica.

Los trabajos reunidos aquí, son ejemplo de esto último. Es decir, de diversas inquietudes interpretativas nacidas de la infatigable tarea de tener que interrogar a esa cultura que no deja de admirarnos. En este sentido, lo que demuestran es la imposibilidad de agotar un horizonte reflexivo tan vasto y complejo como lo es el Renacimiento. Pero debemos decir que analizar al Renacimiento desde estas latitudes no es fácil. Menos aún cuando nos topamos con el poco interés que despierta para algunos colegas involucrarse en cuestiones en las que aparentemente no hay nada escrito en nuestro medio cultural. En cuestiones en las que prácticamente se tiene que partir de cero. Pienso que en esto radica la importancia de haber incorporado en este número el texto que nos hizo llegar Mauricio Beuchot sobre el problema del lulismo. Sin embargo, por otro lado, existe ya en México una sólida tradición de lo que serían los motivos y personajes más representativos del Renacimiento.

Particularmente lo que más se ha trabajado en nuestro medio es el pensamiento político de Maquiavelo, la filosofía de Giordano Bruno así como la tradición utópica del Renacimiento. De este modo, los trabajos de Héctor Zamitiz, Mariapia Lamberti, Ambrosio Velasco y Luis Antonio Velasco incor-

poran a la extensa bibliografía existente sobre el legado intelectual del secretario florentino, sus propias reflexiones. A través de ellas participamos de una misma motivación, consistente ésta en comprender un pensamiento, el de Maquiavelo, el cual —como dijera Benedetto Croce— constituye por sí mismo un verdadero enigma. Enigma que tal vez se despeje un poco al verlo al interior del ambiente humanista del que participaba Maquiavelo, así como de analizarlo a partir de las aportaciones hechas por él a la racionalidad política moderna.

Por su parte Juan Mora Rubio, Francisco Piñón Gaytán y Teresa Kwiatkowska —los tres profesores integrantes del Departamento de Filosofía de la UAM-I.—, colaboran en este número interrogando —desde diversos horizontes— a la filosofía de Giordano Bruno. Juan Mora nos ofrece así una breve pero consistente semblanza del filósofo de Nola. Mientras que Piñón y Kwiatkowska se refieren a él desde lo que fueron, sin duda alguna, dos de las más sensibles preocupaciones de Bruno: el hombre y la naturaleza. Por otro lado, Antonio Hermosa, profesor de la Universidad de Sevilla, España, y las profesoras Virginia de la Torre y María Estela Ramírez (de la UAM-Azacapotzalco), han hecho llegar a esta revista dos perspectivas de la utopía renacentista. La primera de ellas trata sobre el problema

del poder en el pensamiento utópico de Tomas Moro; mientras que la segunda, es un sugerente estudio sobre el problema educativo en la utopía de Tommaso Campanella. Por último, quizá esta amplia panorámica del Renacimiento se comprenda mejor con el trabajo de Velázquez, en el cual se habla del problema de la profecía durante dicho ambiente cultural y político.

Carmen Trueba nos presenta una problemática tal vez poco común en nuestro medio. Razón por la cual insistimos tanto en incorporarla a este número. Lo que la autora se propone es mostrar la modernidad de Occam. Cosa que por cierto realiza con gran interés. Por su lado Carlos Ham, desde una mirada foucaultiana, nos habla de la locura en el Renacimiento y del problema de los orígenes de la racionalidad moderna; ocupándose en especial de Erasmo y Bacon. Ana Luisa Guerrero participa en este número con una valiosa reflexión sobre el derecho natural a partir de quien tal vez llega a ser en nuestro medio un pensador poco estudiado por el contractualismo, como lo es Francisco Suárez. Mauricio Schoijet colabora de igual modo con un excelente estudio sobre el debate que a lo largo de los siglos ha provocado la siempre espinosa relación ciencia-religión. Su estudio gira en torno a la polémica sobre la posición de la Iglesia frente al caso Galileo. Ana Cecilia Rodríguez de

Romo analiza con gran conocimiento cómo, durante el Renacimiento, la medicina fue un importante referente en la concepción moderna y científica del cuerpo humano. Por último, Cristina Mújica nos habla de un tema que desde tiempo atrás le apasiona: el fascinante mundo de *El Quijote*. Lo que en particular le interesa a Cristina, es relacionar ciertos aspectos erasmianos con la locura quijotesca.

Reunir todos estos trabajos y lograr publicarlos en esta revista, es para nosotros motivo de una profunda satisfacción. Sin embargo, ésta no sería completa si no hacemos explícitos nuestros más cálidos agradecimientos a todos los profesores, quienes al tener una fé y una confianza infinita, nunca dudaron de la importancia y valor de esta empresa. Por otro lado, debemos manifestar de igual modo, a todos los miembros del Comité Editorial de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Unidad Iztapalapa de la UAM, así como a todas las personas que de un modo u otro se vieron involucradas en el proceso de formación de este número, nuestro mayor agradecimiento.

Jorge Velázquez Delgado